

VIOLENCIA SIMBÓLICA

UN ACERCAMIENTO DESDE LOS MICROMACHISMOS

María Palma Manríquez

Primavera de 2010

Chile.

PRESENTACIÓN

Las reflexiones sobre violencia simbólica y abusos cotidianos buscan poner en debate aquellos elementos de la cultura que están a la base de violencia contra las mujeres, profundizando las reflexiones de género en torno a develar aquella violencia que tiene formas sutiles de expresión y que evidencia relaciones de poder, injusticia e inequidad entre hombres y mujeres. Esta búsqueda obedece a la necesidad de adquirir más herramientas para nombrar y analizar los malestares e inquietudes sentidas frente a las relaciones entre los seres humanos, con el objetivo de tomar conciencia, buscando un desarrollo de relaciones más cooperativas, honestas e igualitarias entre hombres y mujeres.

Algunos insumos teóricos ayudarán en este proceso iluminando y destacando los elementos que juegan un rol, positivo o negativo, en el diario vivir de las mujeres y sus relaciones con otros/as. Dos autores constituyen la fuente de información sobre violencia simbólica y los micromachismos.

El sociólogo francés Pierre Bourdieu trabajó el concepto “violencia simbólica” a partir de sus investigaciones de las relaciones de género en una tribu primitiva y aplicó los resultados a las relaciones en general entre los géneros.

Luego nos internaremos en los estudios del psiquiatra Luis Bonino Méndez quien percibe las manifestaciones de la violencia simbólica nítidamente en su consulta, escuchando y analizando los malestares de las parejas que atiende. Él inventó un neologismo para indicar los sutiles juegos de poder que ejercen los hombres sobre sus parejas, y los llamó 'micromachismos'.

Este mismo autor aporta algunos lineamientos para desactivar los micromachismos, los cuales están dirigidos a profesionales del ámbito del comportamiento humano, sin embargo iluminan a otros y otras

profesionales dispuestos a aprender y tomar las sugerencias necesarias para contribuir a cambios en las relaciones de género.

Estas reflexiones levantan muchas preguntas, entre ellas ¿Cuánto tiene que ver la violencia simbólica con la violencia de género? ¿Cuál es el poder de la violencia simbólica y sus consecuencias en nuestras vidas? ¿Cómo podemos, por lo menos, evitar reproducirla para que no perdure?

VIOLENCIA SIMBÓLICA

Violencia simbólica es un concepto que nos pone en la perspectiva de profundizar las reflexiones de género en torno a develar aquella violencia que tiene formas sutiles de expresión, pero que evidencia relaciones de poder e inequidad entre hombres y mujeres y que se encuentra a la base de la clásica violencia contra las mujeres. Intuitivamente sentimos que la violencia simbólica tiene que ver no tanto con las violencias reconocidas y ubicadas, sino que tiene un carácter transversal, refiriéndose a un 'algo' establecido, casi abstracto, algo que tenemos inconscientemente interiorizado e incorporado; algo que no se cuestiona porque no nos damos cuenta de ello. Por lo tanto cuesta reconocerla en la vida cotidiana y en nuestros cuerpos. Margarita Pisano¹ propone un ejercicio el cual consiste en hacer un gran paso hacia atrás, con el propósito de tomar distancia y observar(se). Ese paso necesariamente debe ser un paso 'virtual', porque nuestro marco de referencia no es otro que el del sistema vigente: el sistema de dominadores y dominados. Sumergidas y educadas dentro de este sistema, nos vemos obligadas a reflexionar desde los mismos parámetros y con los mismos instrumentos del sistema que sostiene nuestra sumisión; no tenemos alternativa. Esta autora, con sus planteamientos radicales pero aclaratorios, ayuda a entender el porqué es necesario ese paso 'virtual'. Ella dice que no existe una distinción entre 'el espacio masculino' y 'el espacio femenino' porque en realidad es uno solo: el masculino. Nuestro mundo estaría definido por los hombres al cual las mujeres tenemos que adaptamos, siempre tratando de 'conquistar' un espacio para nosotras. (Virginia Woolf: El cuarto propio...) Pisano lo resume: "Lo que consideramos feminidad es una construcción simbólica construida *desde y por* la masculinidad". Es más, la feminidad estaría construida *en beneficio de, al servicio de* la masculinidad.

Pierre Bourdieu hace hincapié en aclarar que la violencia simbólica no minimiza el papel de la violencia física, ni hace olvidar que existen mujeres golpeadas, violadas, explotadas, ni busca disculpar a los hombres de tal forma de violencia. Este autor señala "La fuerza simbólica es una forma de poder que se ejerce directamente sobre los cuerpos y como por arte de magia, al margen de cualquier coacción física; pero esta magia sólo opera apoyándose en unas disposiciones registradas, a la manera de unos

¹ Feminista chilena.

resortes, en lo más profundo de los cuerpos.² Si es capaz de actuar como un *disparador*, es decir, con un gasto extremadamente bajo de energía, es porque se limita a desencadenar las disposiciones que el trabajo de inculcación y de asimilación ha realizado en aquellos o aquellas que, gracias a ese hecho, le dan pábulo. En otras palabras, la trenza simbólica encuentra sus condiciones de realización, y su contrapartida económica (en el sentido amplio de la palabra), en el inmenso trabajo previo que es necesario para operar una transformación duradera de los cuerpos y producir las disposiciones permanentes que desencadena y despierta; acción transformadora tanto más poderosa en la medida que se ejerce, en lo esencial, de manera invisible e insidiosa, a través de la familiarización insensible con un mundo físico simbólicamente estructurado y de la experiencia precoz y prolongada de interacciones penetradas por unas estructuras de dominación”

También aporta otros conceptos que ayudan a clarificar los procesos que han dado origen a las situaciones que hoy enfrentamos. Por Ej: él habla de la 'eternización de lo arbitrario' como descripción de los procesos que han generado un sistema de dominadores y dominados en que estamos sumergidos. Las construcciones de feminidad y de masculinidad, los roles de hombres y mujeres y las relaciones de poder entre los géneros, fueron establecidos en algún momento en el pasado; luego naturalizados, es decir: considerados como esenciales o naturales de hombres y mujeres; y finalmente etemizados: "así debe ser porque siempre ha sido así". 'Lo arbitrario' en su contexto se refiere al hecho de que todas las construcciones están basadas en la diferencia biológica de los cuerpos de hombres y mujeres. No hay otro determinante del por qué los roles de dominadores se centran en los hombres y los de dominados en las mujeres. Los agentes singulares que más contribuyen a la perpetuación de la violencia simbólica son, según Bourdieu, la Familia, la Escuela, las Iglesias y el Estado.

¿Cómo reconocer la violencia simbólica en nuestro medio, en la historia, en el campo religioso?

Un primer paso es reconocer que se cubre de múltiples envoltorios. Los envoltorios se refieren a las imágenes consideradas buenas y positivas, imágenes con que elogian a las mujeres por sus méritos, pero que muchas veces son empleados para mantenerlas 'en su lugar', sin tomar en serio sus propias opciones y los sentimientos que provocan en ella. No solo vienen como imposición, muchas veces son auto-impuestos por nosotras mismas sin darnos cuenta. Uno de estos envoltorios lo encontramos en el texto bíblico del Libro Primero de los Reyes, capítulo 1

1. Era ya viejo el rey David y entrando en años;
le cubrían con vestidos pero no entraba en calor.

² Podemos pensar en esos términos la eficacia simbólica del mensaje religioso (bula del Papa, predicación, profecía, etc.), que está claro que reposa sobre un trabajo previo de socialización religiosa (catecismo, frecuentación del culto y sobre todo inmersión precoz en un universo empapado de religiosidad).

2. Sus servidores le dijeron:
“Que se busque para mi señor el rey una joven virgen
que sirva al rey, y le atienda;
que duerma en tu seno y dé calor a mi señor el rey.”
3. Se buscó una muchacha hermosa por todos los términos de Israel
y encontraron a Abisag la sunamita, y la llevaron al rey.
4. La joven era extraordinariamente bella;
cuidaba y servía al rey,
pero el rey no la conoció.

Este texto concluye que aunque el rey ‘no molestó’ a la mujer, lo que significa que no tuvo relaciones sexuales con ella...fue elogiada por su belleza y juventud. Esto sería el envoltorio que le hace merecer esta tarea y su mención en la Biblia.

LOS MICROMACHISMOS, formas de violencia y abuso cotidiano

La necesidad de una convivencia sin violencias, es lo que motiva a analizar detalladamente lo que está pasando en nuestro medio. Por ello entraremos en la experiencia del psiquiatra Dr. Luis Bonino Méndez quién percibió las manifestaciones de la violencia simbólica en su consulta, escuchando y analizando los malestares de muchas parejas.

A partir de los sutiles juegos de poder que ejercen los hombres sobre sus parejas, caracterizó aquellos comportamientos conscientes y otros realizados con la 'perfecta inocencia' de lo inconsciente, pero que siempre atentan contra la autonomía personal de la mujer.

La enumeración en el artículo de Bonino de las maniobras que aplican los varones para mantener el dominio y su supuesta superioridad sobre la mujer, sin duda hoy siguen haciendo eco en cada mujer, reconociéndolas en nosotras mismas y en nuestras antepasadas. Estamos conscientes que sin un espíritu crítico pasan desapercibidas, sin embargo las consecuencias de dichas maniobras tienen efectos negativos para ambos sexos, pues las mujeres se sienten deterioradas en su estima personal y autonomía y los hombres sufren las consecuencias de no conseguir someter plenamente a la mujer.

A continuación se transcribe el texto de Bonino respecto de la caracterización que hace de las violencias simbólicas denominadas micromachismos.

TIPOLOGIA DE MICROMACHISMOS³

A los fines de evidenciar con mayor precisión estas prácticas, me dedicaré a continuación a su descripción, y para ello he desarrollado una clasificación en tres categorías: los micromachismos coercitivos (o directos), los encubiertos (de control oculto o indirectos) y los de crisis.

En los "coercitivos", el varón usa la fuerza moral, psíquica, económica o de la propia personalidad, para intentar doblegar y hacer sentir a la mujer sin la razón de su parte. Ejercen su acción porque provocan un acrecentado sentimiento de derrota posterior al comprobar la pérdida, ineficacia o falta de fuerza y capacidad para defender las propias decisiones o razones. Todo ello suele promover inhibición, desconfianza en sí misma y disminución de la autoestima, lo que genera más desbalance de poder.

En los micromachismos "encubiertos", el varón oculta (y a veces se oculta) su objetivo de dominio. Algunas de estas maniobras son tan sutiles que pasan especialmente desapercibidas, razón por la que son más efectivas que las anteriores.

Impiden el pensamiento y la acción eficaz de la mujer, llevándola a hacer lo que no quiere y conduciéndola en la dirección elegida por el varón.

Aprovechan su dependencia afectiva y su pensamiento "confiado". Provocan en ella sentimientos de desvalimiento, emociones acompañadas de confusión, zozobra, culpa, dudas de sí, impotencia, que favorecen el descenso de la autoestima y la autocrédibilidad.

Por no ser evidentes, no se perciben en el momento, pero se sienten sus efectos, por lo que conducen habitualmente a una reacción retardada (y "exagerada", dicen los varones) por parte de la mujer, como mal humor, frialdad o estallidos de rabia "sin motivo".

Son muy efectivos para que el varón acreciente su poder de llevar adelante "sus" razones, y son especialmente devastadores con las mujeres muy dependientes de la aprobación masculina.

Tienen todas las características de lo que el psicoanálisis llama "mecanismos psicopáticos", y se vehiculizan frecuentemente a través de la identificación proyectiva, inductora de comportamientos. A diferencia de las maniobras anteriores que se asientan en gran medida en el rechazo, éstas lo hacen más en la desconfirmación.

En cuanto a los micromachismos de "crisis", suelen utilizarse en momentos de desequilibrio en el estable desbalance de poder en las relaciones, tales como aumento del poder personal de la mujer por cambios en su vida o pérdida del poder del varón por razones físicas o laborales. El varón, al sentirse perjudicado, puede utilizar específicamente estas maniobras o utilizar las definidas anteriormente, aumentando su cantidad o su intensidad con el fin de restablecer el statu quo.

He construido estas categorías a partir de ir descubriendo y clasificando, desde la perspectiva de las relaciones de género, múltiples acciones cotidianas de los varones extraídas de la práctica clínica, la vida

³ Dr. Luis Bonino Méndez

diaria y la bibliografía. Muchas de estas acciones están naturalizadas, desconociéndose su función al servicio de la dominación.

Cada categoría está formada por un repertorio de maniobras, a las que he ido designando y definiendo, en el intento siempre difícil de su visibilización.

Espero que el listado siguiente sea útil para develar aquello que, como terapeutas y como personas, debemos contribuir a desarrollar las menos dramáticas pero igualmente destructoras formas de la microdominación cotidiana.

1.- Micromachismos coercitivos

La siguiente enumeración, como la de las otras categorías que realizaré más adelante, procura nombrar, en un desordenado orden, algunas de las maniobras que he podido comprobar con más frecuencia. Quizás estas descripciones animen al lector a ir develando otras, de las cuales impensadamente (o no) es sujeto u objeto.

Intimidación

Maniobra atemorizante que se ejerce cuando ya se tiene fama (real o fantaseada) de abusivo o agresivo. Se dan indicios de que si no se obedece, 'algo' podrá pasar. Implica un arte en el que la mirada, el tono de voz, la postura y cualquier otro indicador verbal o gestual pueden servir para atemorizar. Para hacerla creíble, es necesario, cada tanto, ejercer alguna muestra de poder abusivo físico, sexual o económico, para recordarle a la mujer que le puede pasar si no se somete.

Toma repentina del mando.

Ejercicio más o menos sorpresivo de anulación o no tenida en cuenta de las decisiones de la mujer basada en la creencia del varón de que él es el único que toma decisiones. Ejemplos de esta maniobra son: tomar decisiones sin consultar, ocupar espacios comunes, opinar sin que se lo pidan, monopolizar, etcétera.

El cortocircuito es un tipo especial de esta maniobra consiste en tomar decisiones sin contar con la mujer, en situaciones que la involucran y en las que es difícil negarse; invitaciones a último momento de personas importantes: jefes, parientes, etc. (Piaget, 1993).

Apelación al argumento lógico.

Se recurre a la lógica (varonil) y a la "razón" para imponer ideas, conductas o elecciones desfavorables a la mujer.

Utilizada por varones que suponen que tienen la 'única' razón o que la suya es la mejor. No tienen en cuenta los sentimientos ni las alternativas y suponen que exponer su argumento les da derecho a salirse con la suya.

No se cesa de utilizar hasta que se dan lógicas razones (las del varón, por supuesto), y obligan a tener muy en claro la propia posición si la mujer no quiere someterse. Provoca intenso agobio.

Ejemplo frecuente de esto es la elección del lugar de vacaciones, si a la mujer no le gusta el lugar elegido por el varón de la pareja.

Es muy eficaz con mujeres que tienen un modo perceptivo o intuitivo de abordaje de la realidad.

Insistencia abusiva

Conocida como "ganar por cansancio", consiste en obtener lo que se quiere, por agotamiento de la mujer en mantener su propia opinión, que al final acepta lo impuesto a cambio de un poco de paz.

Control del dinero

Gran cantidad de maniobras son utilizadas por el varón para monopolizar el uso o las decisiones sobre el dinero, limitando el acceso de la mujer a el o dando por descontado que el hombre tiene más derecho a ello. Algunas de ellas: no información sobre usos del dinero común, control de gastos y exigencia de detalles, retención -lo que obliga a la mujer a pedir- (Coria, 1992). Incluyo también en este apartado la negación del valor económico que supone el trabajo doméstico y la crianza y el cuidado de los niños.

Uso expansivo del espacio físico.

Ésta práctica se apoya en la idea de que el espacio es posesión masculina, y que la mujer lo precisa poco. Así, en el ámbito hogareño, el varón invade con su ropa toda la casa, utiliza para su siesta el sillón del salón impidiendo el uso de ese espacio común, monopoliza el televisor u ocupa con las piernas todo el espacio inferior de la mesa cuando se sientan alrededor de ella, entre otras maniobras (Guillaumin, 1992).

2.- Micromachismos encubiertos

Son los que atentan de modo más eficaz contra la simetría relacional y la autonomía femenina, por su índole insidiosa y sutil que los torna especialmente invisibles en cuanto a su intencionalidad.

Abuso de la capacidad femenina de cuidado.

Materialización de la mujer. La inducción a la mujer a "ser para otros" es una práctica que impregna el comportamiento masculino. De las múltiples caras de esta maniobra, sólo nombraré algunas: pedir, fomentar o crear condiciones para que la mujer priorice sus conductas de cuidado incondicional (sobre todo hacia el mismo varón), promover que ella no tenga en cuenta su propio desarrollo laboral, acoplarse al deseo de ella de un hijo, prometiendo ser un "buen padre" y desentenderse luego del cuidado de la criatura.

Requerimientos abusivos solapados: son tipos de pedidos "mudos" que apelan a aspectos "cuidadores" del rol femenino tradicional. Ejemplos comunes de estos requerimientos son los comportamientos de "aniñamiento tiránico" que utilizan los varones cuando enferman, así como la exigencia (generalmente no verbal) de ocuparse de la familia de él, sus amigos, y los animales que usualmente el promueve que los hijos tengan en casa.

Este tipo de maniobras, junto con la sacralización de la maternidad y la delegación de la carga doméstica y la crianza de los hijos (definiéndose el varón sólo como "ayudante"), son las más frecuentes microviolencias sobre la autonomía de la mujer, al obligarla a un sobreesfuerzo vital que le impide su desarrollo personal.

Maniobras de explotación emocional

Se aprovechan de la dependencia afectiva de la mujer y su necesidad de aprobación para promover en ella dudas sobre si misma, sentimientos negativos y, por lo tanto, más dependencia. Se usan para ello dobles mensajes, insinuaciones, acusaciones veladas, etcétera. De entre su amplia variedad podemos destacar:

Culpar a la mujer de cualquier disfunción familiar (con la consiguiente inocentización del varón).

Culpabilización del placer que la mujer siente con otras personas o situaciones donde él no esté: asentada en la creencia de que la mujer sólo puede disfrutar con su compañero afectivo y por él.

Elección forzosa con maniobras del tipo de "Si no haces esto por mi es que no me quieres".

Enfurrñamiento: acusación culposa no verbal frente a acciones que no le gustan al varón, pero a las cuales no se puede oponer con argumentos "racionales" (al estilo de "A mi no me importa que salgas sola", dicho con cara de enfado).

Maniobras de desautorización.

Conducen a inferiorizar a la mujer a través de un sinnúmero de descalificaciones, que en general son consonantes con las descalificaciones que la cultura tradicional realiza, y que hacen mella en la necesidad de aprobación femenina. Entre ellas:

Redefinición como negativas, de cualidades o cambios positivos de la mujer.

Colusión con terceros con los que la mujer tiene vínculos efectivos (parientes, amistades) a través del relato de historias sesgadas, secreteos, etcétera (Bograd, 1991).

Descalificación de cualquier transgresión del rol tradicional.

Un gesto muy utilizado para acompañar estas maniobras es "la cara de perro", que difícilmente es aceptado como propio por el varón.

Terrorismo

Se trata de comentarios descalificadores repentinos, sorprendidos, tipo "bomba", que dejan indefensa a la mujer por su carácter abrupto. Producen confusión, desorientación y parálisis. Utilizan la sospecha, la agresión y la culpabilidad. Pertenecen a este tipo los sorprendidos comentarios descalificadores del éxito femenino, resaltar la cualidad de la mujer-objeto y recordar las "tareas femeninas" con la familia, en contextos no pertinentes (Coria, 1992).

Paternalismo

En este tipo de maniobra se enmascara la posesividad y a veces el autoritarismo del varón, haciendo "por" y no "con" la mujer e intentando aniñarla. Se detecta sobretodo cuando ella se opone, y el no puede tolerar no controlarla.

Creación de falta de intimidad

Actitudes activas de alojamiento, que bloquean la puesta en juego de las necesidades relacionales de la mujer y evitan la intimidad que para el varón supone riesgo de perder poder y quedar a merced de la mujer (Weingarten, 1991):

Negación del reconocimiento. Comportamientos de avaricia de reconocimiento de la mujer como persona y de sus necesidades, que conducen al hambre de afecto (el que, en mujeres dependientes, aumenta su dependencia). Provoca sobrevaloración de lo poco que brinda el varón -ya que lo escaso suele vivirse como valioso- (Benard y Schiaffer, 1990).

Silencio. Renuencia a hablar o hablar de si, con efectos de "misteriosidad". Su objetivo es evitar el desenmascaramiento y el control de las reglas del diálogo. Algunas de estas maniobras son: encerrarse en si mismo, no contestar, no preguntar, no escuchar, hablar por hablar sin comprometerse, etcétera (Durrant y White, 1990; Wieck 1987; Sabo 1995).

Negación a la mujer de su derecho a ser cuidada (e imposición del deber de ser cuidadora).

Inclusión invasiva de amigos, reuniones y actividades, limitando al mínimo o haciendo dejar de existir los espacios de intimidad. A veces acompañada de la acusación a la mujer de ser "poco sociable".

Engaños.

Se desfigura la realidad al ocultar lo que no conviene que la mujer sepa, porque si no el varón puede resultar perjudicado en determinadas ventajas que no quiere perder. Pertenecen a este tipo maniobras tales como: negar lo evidente, incumplir promesas, adular, crear una red de mentiras, apelar a la desautorización de las "intuiciones" de la mujer para ocultar infidelidades. Dan poder en tanto impiden un acceso igualitario a la información.

Autoindulgencia sobre la propia conducta perjudicial.

Maniobras que procuran bloquear la respuesta de la mujer ante acciones e inacciones del varón que la desfavorecen. Hacen callar apelando a "otras razones", y eludiendo la responsabilidad de la acción. Entre ellas:

Hacerse el tonto: se apela a la inconsciencia ("No me di cuenta"), a las dificultades de los varones ("Quiero cambiar, pero me cuesta"), a las obligaciones laborales ("No tengo tiempo para ocuparme de los niños"), a la torpeza, a la parálisis de la voluntad ("No pude controlarme").

Comparaciones ventajosas: se apela a que hay varones peores.

3.- Micromachismos de crisis

Seudoapoyo.

Apoyos que se enuncian sin ir acompañados de acciones cooperativas, realizados con mujeres que acrecientan su ingreso al espacio público. Se evita con ello la oposición frontal, y no se ayuda a la mujer a repartir su carga doméstica y tener más tiempo.

Desconexión y distanciamiento.

Se utilizan diversas formas de resistencia pasiva: falta de apoyo o colaboración, conducta al acecho (no toma la iniciativa, espera y luego crítica. "Yo lo hubiera hecho mejor"), amenazas de abandono o abandono real (refugiándose en el trabajo o en otra mujer "mas comprensiva").

Hacer méritos.

Maniobras consistentes en hacer regalos, prometer ser un buen hombre, ponerse seductor y atento, hacer cambios superficiales, sobretodo frente a amenazas de separación. Se realizan modificaciones puntuales que implican ceder posiciones provisoriamente por conveniencia, sin cuestionarse la creencia errónea de la "naturalidad" de la tenencia de dicha posición.

Dar lástima.

Comportamientos autolesivos tales como accidentes, aumento de adicciones, enfermedades, amenazas de suicidio, que apelan a la predisposición femenina al cuidado y le inducen a pensar que sin ella él podría terminar muy mal. El varón exhibe aquí, manipulativamente, su invalidez para el autocuidado.

W. Shakespeare ilustra, espléndidamente, las estrategias de utilización de muchas de estas maniobras en función de dominar a la mujer, restringiendo con hábiles artes su autonomía, en su obra "La fierecilla domada". Su lectura alumbra con gran nitidez el efecto devastador de estas estrategias de dominio.

La efectividad de todas estas maniobras, junto a la falta de autoafirmación de la mujer, forman una explosiva mezcla con negativos efectos relacionales: mujeres muchas veces enormemente deterioradas en su autonomía y varones con aislamiento emocional progresivo y creciente desconfianza en la mujer, a quien nunca terminan de poder someter plenamente.

Si bien hemos tenido en mente para la anterior clasificación a la pareja conyugal, muchas de estas maniobras son igualmente realizadas en el ámbito familiar con las propias hijas y madres.

Quizás esta larga clasificación haya provocado alivios y rechazos. Como en todo tema que se devela, suele ser más frecuente que sientan alivio aquellos a quienes la invisibilización los desfavorecía, y rechazo quienes se sentían favorecidos por dicha invisibilización.

Tolerar la visibilización no es tarea fácil. No muchas mujeres, pese a entender maniobras en que se ven involucradas, soportan el reconocimiento de su propia subordinación (Dio Bleichniar, 1992). Pocos varones, pese a reconocerse en este listado, están dispuestos a aceptar, a pesar de sus cambios, lo que en ellos aún permanece de la atávica dominancia masculina (Brittan, 1989). Pero la transformación se basa en esos dolorosos reconocimientos y aceptaciones.

Sería un error que de esta clasificación se dedujera la "maldad" de los varones. Sólo he intentado describir comportamientos de los que ellos si son responsables, de los que las mujeres no son responsables y que sólo a ellos les cabe intentar modificar si desean relaciones igualitarias y cooperativas con las mujeres.

REQUISITOS PARA LA DESACTIVACIÓN DE LOS MICROMACHISMOS

Estoy cada vez más convencido de que el abordaje de la violencia masculina no puede centrarse sólo en sus formas extremas, sino que debe incluir los micromachismos que, como he intentado mostrar, son formas de violencia y abuso cotidianos. Ellos generan alto monto de sufrimiento, relaciones defensivo-agresivas y desbalances de poder, que se oponen a la plena potenciación de las personas.

A diferencia de las grandes situaciones de violencia, que requieren un contexto terapéutico más o menos especial, en todo espacio psicoterapéutico pueden detectarse y pensar caminos para develar, desactivar y transformar los micromachismos.

Las estrategias clásicas diferirán en función del contexto terapéutico: En las terapias de pareja o familia, los micromachismos y sus efectos se pondrán en escena ante el o la terapeuta.

En las terapias con varones habrá que inferirlos, ya que la mujer objeto de estas maniobras está ausente, y el varón suele no responsabilizarse del efecto de sus conductas.

En las terapias con mujeres será preciso descubrir cuál de sus malestares son efecto de los reiterados micromachismos ejercidos sobre ellas, y distinguir la problemática intrasubjetiva de lo inducido por la manipulación ajena.

No es propósito de este artículo desarrollar estas estrategias, aunque para finalizar enumeraré algunos requisitos que creo necesita cumplir el terapeuta que desee enfrentarse a la tarea de transformación de estas prácticas:

Intentar develar sus puntos ciegos en relación con su propia posición de género, los aspectos asimétricos de la relación con el otro género y la naturalización de la sobrecarga hacia la mujer.

Revisar los propios prejuicios sexistas, sobre todo en relación con los patrones de reciprocidad, justicia/injusticia, cuidado/no cuidado del otro/a.

Aclararse las propias creencias sobre la validez de los hechos abusivos y la propia reacción frente a ellos (sobre todo pensando en los ejes temor/enfrentamiento y neutralidad/parcialidad).

Tener la capacidad de confrontar, de soportar confrontaciones y de poner en práctica la autoafirmación de modo asertivo.

Conocer los modos de construcción de la condición masculina, sus privilegios y sus costos, a fin de ayudar a la familia y al propio varón a desconstruir los aspectos dominantes del rol masculino tradicional.

Tener una actitud clínica de alerta para detectar las maniobras de control de los varones (que fácilmente pueden quedar invisibilizadas). Espero que la clasificación antes propuesta contribuya a ello.

El terapeuta debe estar capacitado para realizar intervenciones que hagan impacto sobre el balance de poder interpersonal, a fin de "no estereotipar los desbalances que sostienen statu quo disfuncionales. (Algunas de estas intervenciones son: reorganización de responsabilidades, rebalance de acuerdos, develamiento de maniobras de control, redefinición de las "provocaciones" femeninas, puestas de límites a los abusos, apoyo al aumento del poder personal de la mujer, etcétera.)

Saber que es probable que el varón intente ejercer maniobras de control sobre el o la terapeuta, más si es mujer. El terapeuta varón debe prestar especial atención a los intentos del varón por lograr su alianza para desautorizar a la mujer (Bograd, 1991).

La ética del cuidado debe ser incluida como marco referencial, para ayudar a los varones a hacerse responsables de los efectos de su propia conducta (Sheinberg, 1992).

A MODO DE CONCLUSIÓN

Vivimos una etapa histórica de cambios culturales y en el contexto de estos cambios, uno de los elementos que nos ha ayudado es la categoría de género en el análisis de la situación y posición de las mujeres en la sociedad. Este concepto se desarrolla en medio del movimiento social de las mujeres y nos ha llevado a interrogarnos sobre nuestras percepciones de la 'naturaleza' del ser mujer u hombre. Para muchas mujeres –y cada vez para más hombres– ha sido muy revelador y liberador aprender a distinguir las diferencias entre lo natural y lo cultural, entre lo dado y lo aprendido, y así reconocer

desigualdades y discriminaciones. Estos conocimientos siguen abriendo espacios para pensar que otras relaciones humanas son posibles.

Hablar de relaciones de género, resulta difícil pues involucra profundamente al sí mismo, a una misma, a uno mismo, como *sujeto* de reflexión y como *objeto* de autoanálisis y autocrítica, teniendo presente que este enfoque invita a analizar, criticar, transformar y desatar los nudos duros del cambio en las relaciones entre hombres y mujeres, principalmente aquellos relacionados con la construcción cultural de lo masculino y lo femenino como polos diferenciados y opuestos, olvidando las dimensiones de lo humano que no hacen distinción a partir de las dimensiones biológicas que nos convierten en hembras o machos. En la difícil tarea de transformar la cultura establecida, el concepto violencia simbólica se nos presenta complejo y difícil de entender, sin embargo es necesario seguir profundizando en ello para mejorar los espacios de convivencia cotidiana. Detectar y compartir los pequeños malestares que pasan desapercibidos, solapados, escondidos y hasta incrustados en algún lugar del cuerpo provocando dolores múltiples, insomnio, depresión, baja estima personal es un proceso que se da en grupos pequeños y constituye el punto de partida para una metodología de trabajo en torno a violencias simbólicas y abusos cotidianos. La experiencia nos señala que generalmente volcamos estas malestares en el trabajo diario, los cubrimos con un manto de normalidad que casi no nos damos cuenta del daño que nos están provocando.

Bourdieu habla de la *somatización de las relaciones sociales de dominación* (pág. 38). Se refiere al hecho que las predisposiciones (cómo comportarnos, sobretodo relacionarnos con el otro sexo, la manera de vestir, etc.) de la dominación están inscritos en nuestros cuerpos. Así asimilamos “la naturalización de una ética” (pág. 42); una moral caracterizada por “la disponibilidad simbólica” del cuerpo femenino (pág.44). Relacionado con esto Bourdieu plantea que hasta las emociones corporales (vergüenza, humillación, timidez, ansiedad, culpabilidad) y sus manifestaciones visibles (el rubor, la confusión verbal, la torpeza, el temblor, la ira o la rabia impotente) son signos del “conocimiento y reconocimiento prácticos de la frontera mágica entre los dominadores y los dominados que la magia del poder simbólico desencadena (pág. 55).

La violencia simbólica se nos presenta amigable y en conceptos de difícil discernimiento, por ello el desafío es detectar sus “envoltorios” y desenmascarar sus contenidos. No hay duda que este tipo de maniobras de abuso cotidiano están a la base de las otras múltiples violencias contra las mujeres. Sin duda este esfuerzo de develar la violencia simbólica contribuirá a desarraigar la violencia contra las mujeres en nuestra sociedad y permitirnos construir una sociedad justa y solidaria a la imagen del Reino de Dios descrito hace dos milenios por Jesús de Nazareth.

BIBLIOGRAFÍA

Margarita Pisano

El Triunfo de la Masculinidad, Chile 2001, pág. 19 – 29.

Pierre Bourdieu

La dominación masculina. Barcelona 2000, pág. 36 – 59.

'Una suave violencia'. En: Revista La Piragua, CEAAL, Santiago de Chile, 1995.

Luis Bonino Méndez

'Micromachismos. La violencia invisible en la pareja. Versión del internet.